

TRADUCCIÓN Y ANÁLISIS DE DOS RELATOS DE FICCIÓN DE CHARLOTTE PERKINS GILMAN

1219367 - Treball de Fi de Grau

Grau en Traducció i Interpretació

Curs acadèmic 2014-15

Estudiant: Laura Menéndez Gorina

Tutor: David Paradela López

10 de juny de 2015

Facultat de Traducció i d'Interpretació

Universitat Autònoma de Barcelona

Dades del TFG

Títol: Traducció i anàlisi de dos relats de ficció de Charlotte Perkins Gilman

Autor: Laura Menéndez Gorina

Tutor: David Paradela López

Centre: Facultat de Traducció i d'Interpretació

Estudis: Grau en Traducció i Interpretació

Curs acadèmic: 2014-2015

Paraules clau

Charlotte Perkins Gilman

Traducció

Introducció

Anàlisi

Relats de ficció

Old Water

Bee Wise

Resum del TFG

Introducció, anàlisi i traducció de dos relats de ficció de Charlotte P. Gilman al espanyol: *Bee Wise* i *Old Water*.

Avís legal

© Laura Menéndez Gorina, Barcelona, 2015. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ésser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització del seu autor/de la seva autora

Aviso legal

© Laura Menéndez Gorina, Barcelona, 2015. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Legal Notice

© Laura Menéndez Gorina, Barcelona, 2015. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcast and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

Traducción y análisis de dos relatos de ficción de Charlotte Perkins Gilman

Notas preliminares.....	4
INTRODUCCIÓN	7
Bee Wise y Old Water	12
La recepción de Gilman en el sistema literario español	15
COMENTARIOS DE TRADUCCIÓN	16
TRADUCCIONES DE LAS OBRAS	18
SÉ SABIA.....	19
AGUA VIEJA.....	30
Conclusiones.....	41
Bibliografía.....	43
Notas explicativas	44

Notas preliminares

El presente documento corresponde al Trabajo de Fin de Estudios del Grado en Traducción e Interpretación de la estudiante Laura Menéndez i Gorina, con la coordinación y tutorización del profesor y traductor David Paradela López, de la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universitat Autònoma de Barcelona. El trabajo consiste en la traducción directa de un texto original de carácter literario del inglés al español, a modo de proyecto editorial. Los textos elegidos, inéditos en lengua española, corresponden a dos relatos cortos de ficción de principios del siglo XX de la autora estadounidense Charlotte Perkins Gilman, recogidos en la edición de Penguin Classics *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. Acompañando la traducción de los textos, se incluye también un estudio introductorio sobre los textos originales y su autora y un comentario sobre la traducción.

El trabajo se ha realizado desde la University of California, donde estudia actualmente su autora, y se ha coordinado a distancia con su tutor, David Paradela, desde la Universitat Autònoma de Barcelona. En enero de 2015 se presentó la primera versión de las traducciones, que se han ido trabajando y mejorando de manera coordinada con las revisiones del tutor durante los meses consecutivos hasta su versión final, en junio de 2015, presentada en este documento.

Para la selección del texto original, uno de los criterios que se tuvieron en cuenta fue el interés personal de la autora del trabajo, con la debida aprobación del tutor, puesto que sería un texto al que se debería dedicar muchas horas. Se acordó, de esta manera, trabajar en una obra literaria de autor/a americano/a no contemporánea, con la

combinación lingüística inglés-castellano. Otro criterio que se tuvo en cuenta fue la adecuación de la extensión de los textos a los requerimientos del trabajo, considerándose más oportuna la traducción de textos autoconclusivos que la de textos pertenecientes a una obra más larga. En este sentido, el formato de relato corto de Gilman cuadraba a la perfección. También se contempló retraducir una obra, por las posibilidades de reflexión y debate traductológico que ofrece este tipo de ejercicio, además de ser un tema de interés mutuo y sobre el cual se contaba con amplia experiencia por parte del tutor. Pero una retraducción tenía que estar bien enfocada y motivada por una «necesidad» justificada, y la mayoría de autores que se propusieron (Edgar Allan Poe, Melville, Scott Fitzgerald, Isaac Asimov, Ambrose Bierce, Thoreau...) ya habían estado extensamente trabajados. Finalmente, pues, se decidió por la traducción de un texto inédito en español, con lo que la obra de Gilman, escasamente traducida en lengua española, se adaptaba perfectamente. De entre sus obras de ficción corta, se excluyeron todas aquellas ya traducidas, la mayoría recogidas en *Si yo fuera un hombre y otros relatos* de la editorial El Nadir, y se escogió la edición de Penguin como referente, ya que, además de sus famosas *The Yellow Wall-Paper* y *Herland*, así como parte de su obra poética, incluye diecinueve de sus relatos cortos de ficción. Los relatos escogidos fueron «Bee Wise» y «Old Water», que hemos traducido como «Sé sabia» y «Agua vieja», respectivamente.

Entre otras propuestas iniciales también se planteó el estudio de la adaptación dialectal del lenguaje de una obra, como el dialecto afroamericano de uno de los personajes de *A Confederacy of Dunces*, de John Kennedy Toole, o el habla de los personajes de distintas obras de la *slave narrative* de la América del siglo XIX: la narrativa de Frederick Douglass, *Pudd'nhead Wilson* de Mark Twain, *Incidents in the life of a slave girl* de Harriet Jacobs o *Uncle's Tom Cabin* de Harriett Beecher Stowe (por cierto, tío abuelo de Charlotte Perkins Gilman). Pero finalmente se consideró que este tipo de

análisis escapaba a los objetivos y dimensión del trabajo. También se planteó la retraducción de una obra de la *Beat Generation* de los cincuenta, y el análisis de su publicación en el ambiente de censura de la España franquista, pero también se consideró un tema de excesiva envergadura. La traducción de poesía también fue descartada por su complejidad, habiéndose propuesto, entre otros, el poeta neoyorquino Mark Strand o el internacionalmente conocido Walt Whitman.

* * *

A continuación se presenta una breve introducción a la vida y obra de la autora, un análisis de los textos trabajados, un comentario sobre los problemas de traducción y una propuesta propia de traducción de dos de los relatos de ficción de la autora, que a pesar de su calidad e importancia, no han visto aún sus páginas publicadas en nuestra lengua.

INTRODUCCIÓN

Charlotte Perkins Gilman, destacada figura del feminismo americano y universal, prominente socióloga, poeta, novelista, cuentista y conferenciante, fue una decidida activista de finales del siglo XIX y principios del XX que reclamó el papel de la mujer en una sociedad en que los roles de género la marginaban del plano político y social. Influenciada por su traumática experiencia personal y las complicadas relaciones con su madre, padre, hija y maridos, desarrolló a lo largo de su vida una ideología marcada por el feminismo y el socialismo utópicos y las ideas progresistas de la reforma social que llenarían su prolífica producción literaria. Con unos conceptos y estilos de vida poco ortodoxos para su época, alcanzó logros excepcionales para la mujer de entonces y fue un modelo para futuras generaciones. Defendió sus ideales de autonomía de la mujer, afirmando que el «hogar» oprimía y aislaba a las mujeres, las excluía de los derechos políticos y sociales, y las hacía dependientes económicamente de sus maridos. Mientras una mujer dependiera económicamente de un hombre, según Gilman, nunca podría alcanzar su potencial como individuo.¹ A lo largo de su vida, Gilman se interesó por diferentes disciplinas, como la economía, la sociología y la literatura. Escribió más de ocho novelas, unos ciento setenta relatos, más de cuatrocientos poemas, una decena de dramas y monólogos, y una autobiografía, con los que dio a conocer sus críticos ideales respeto a los valores sociales de la época, la situación de las mujeres y la asociación de los roles de género o la división dicotómica de la sociedad entre público y privado. También leyó numerosas conferencias en los Estados

¹ Perkins Gilman, Charlotte *The living of Charlotte Perkins Gilman: An Autobiography*. Madison, University of Wisconsin Press, 1990.

Unidos y en Europa y escribió más de mil artículos sobre temas científicos y sociales.² Entre los autores y autoras que influenciaron su vida y obra se encuentran John Stuart Mill, Thorstein Veblen, Harriet Taylor y Karl Marx, así como el movimiento nacionalista de los Estados Unidos, por los valores de solidaridad humana que sostenía, y diversos movimientos feministas.

Nacida Charlotte Anna Perkins en 1860 en Hartford, Connecticut, en el seno de una familia de orden muy tradicional, la influyente y prominente familia Beecher, su bisabuelo fue el distinguido teólogo Lyman Beecher, y era la sobrina nieta de Harriet Beecher Stowe, autor de *Uncle's Tom Cabin* (1852) y el renombrado ministro Henry Ward Beecher. A pesar de la riqueza de sus famosos antecesores, creció en un estado de seria pobreza. Su padre abandonó la familia cuando era niña, y la madre, maestra a tiempo parcial, quedando sola al cuidado de dos hijos, se vio obligada a dejarla en casa de familiares o amigos para que pudieran subsistir. Su madre nunca fue muy afectuosa y la pequeña Charlotte creció en un ambiente de precariedad, recibiendo solamente cuatro años de educación formal. Durante su adolescencia, se convirtió en una rebelde apasionada que desafiaba los roles convencionales que se atribuían a la mujer del siglo XIX. En 1878, a los dieciocho años, ingresó a la Escuela de Diseño de Rhode Island, donde estudió dibujo y pintura, aunque nunca logró graduarse.

Desde temprana edad decidió que nunca se casaría y que se dedicaría, en cambio, a la vida pública. Sin embargo, en 1882, conoció al apuesto artista Charles Walter Stetson (1858-1911), con el que se casaría dos años más tarde. Stetson le propuso matrimonio dos semanas y media después de conocerse. Charlotte declinó rápidamente, temiendo que el matrimonio pondría en peligro su voluntad de dedicación al trabajo. En una de sus cartas, le contestó que

² Perkins Gilman, Charlotte. *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. London, Penguin Classics, 2009.

el trabajo era más importante que el amor para ella, y que los dos no eran compatibles en su caso. Decía que su deber era dedicarse a contribuir al mundo, no a ser amada.³ Tras persistir durante casi dos años, finalmente aceptó sus peticiones de boda.

En 1885, al año siguiente del matrimonio, nació su primera y única hija. La maternidad agudizó su contradicción vital entre su trabajo intelectual y «sus deberes maternos». Como madre y esposa, se le atribuían obligaciones familiares que su marido esperaba que cumpliera, y Charlotte, privada de toda libertad, cayó en una profunda depresión que se alargaría durante años. Finalmente ingresó en un hospital psiquiátrico en Filadelfia, en 1887, donde se la diagnosticó de «histeria» y se le receptó la controvertida «cura de reposo»: vivir una vida lo más doméstica posible, principalmente permaneciendo aislada en una habitación; tener el bebé con ella en todo momento; y sobre todo, abstenerse de cualquier actividad física o intelectual. No tocar nunca más un bolígrafo, pincel o lápiz, por el resto de su vida.

Al cabo de un mes regresó a casa con su marido e hija y sufrió una crisis nerviosa. Con la poca razón que le quedaba, se llenó de coraje, rechazó el tratamiento receptado y se sumergió de nuevo en su trabajo. En 1888 se separó finalmente de Stetson y se mudó con Katherine a Pasadena, California, donde se recuperó rápidamente y retomó su actividad intelectual. Viajó por Estados Unidos e Inglaterra, contactó con los círculos progresistas y participó de movimientos sociales e intelectuales. Liberada de las cadenas del matrimonio, alcanzó formalmente su carrera como escritora, publicando en 1892 su famoso *The Yellow Wall-Paper*, un relato sobre la imposición del rol de la mujer como ama de casa, prevenida de vida personal y actividad intelectual, hasta su enloquecimiento. Un año más tarde publicó un volumen de poemas, *In This Our World*.

³ “As much as I love you, I love WORK better, & I cannot make the two compatible,,I am meant to be useful & strong, to help many and do my share in the world’s work, but not to be loved”. Perkins Gilman, Charlotte *The living of Charlotte Perkins Gilman: An Autobiography*. Madison, University of Wisconsin Press, 1990.

Su dedicación al trabajo le hizo difícil encontrar el tiempo para ocuparse de su hija y en 1894 Charlotte cesó la custodia a su exmarido, por lo que fue condenada públicamente y acusada de «madre antinatural»⁴. Katherin se mudó a la costa este de nuevo con Stetson, quien, por su parte, acabó casándose con la íntima vieja amiga de Charlotte, Grace Ellery.

En 1898 publicó una de sus obras más conocidas, el tratado feminista *Women and Economics*, traducida a siete idiomas y con la que obtuvo reconocimiento internacional.

En 1900 se casó por segunda vez, a la edad de treinta y nueve años, con su primo George Houghton Gilman, abogado en Nueva York. Sin embargo, este matrimonio, muy diferente al anterior, sí le permitió autonomía y continuar con su carrera intelectual, y durante los siguientes treinta y cinco años escribió y publicó centenares de obras, incluyendo *Concerning Children* (1900), *The Home: Its Work and Influence* (1903), *Human Work* (1904), *Herland* (1915), *With Her in Ourland* (1916) y *His Religion and Hers: A Study of the Faith of Our Fathers and the Work of Our Mothers* (1923).⁵

De 1909 a 1916 editó y publicó la revista *The Forerunner*, de la cual fue su única autora y donde apareció *Herland* por primera vez, una de sus más relevantes novelas, que presenta sus teorías de reforma social. En *Herland* (1915), Gilman crea una utopía donde una sociedad solo de mujeres ha creado un país pacífico y progresivo en el cual no existen roles de género y las típicas asociaciones de feminidad han quedado totalmente obsoletas. Cuando tres exploradores americanos llegan al país por casualidad, quedan perplejos ante la ruptura de los roles tradicionales y se ven obligados a abandonar el marco de referencia sobre el cual los hombres se han identificado históricamente a sí mismos, sin relevancia alguna en esta comunidad. Gilman nos recuerda con inteligencia y humor que la sociedad ha asumido

⁴ Del texto original: “unnatural mother”. Perkins Gilman, Charlotte. *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. London, Penguin Classics, 2009.

⁵ Perkins Gilman, Charlotte. *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. London, Penguin Classics, 2009.

históricamente que varias características son específicas de un género, cuando en realidad son características humanas.⁶

En 1932 se le diagnosticó un cáncer de mama inoperable. Dos años más tarde su marido murió repentinamente de una hemorragia cerebral, y Gilman regresó a California para pasar el último tiempo cerca de su hija. El 17 de agosto de 1935, a la edad de setenta y cinco años, se suicidó ingiriendo una sobredosis de cloroformo. Gilman murió rápidamente y en paz. No temía a la muerte y la vida posterior no le interesaba; más bien, quería crear un impacto mientras viva, examinando alternativas de concebir el mundo y provocando reflexión y debate. En su nota de suicidio hizo un llamamiento al derecho a la eutanasia cuando la muerte es inevitable e inminente.

Su autobiografía *The Living of Charlotte Perkins Gilman* se publicó después de su muerte. En 1993 fue nominada en una votación del Siena Research Institute como una de las seis mujeres más influyentes del siglo XX. En 1994 se la incluyó póstumamente a la National Women's Hall of Fame in Seneca Falls, Nueva York.

⁶ Perkins Gilman, Charlotte. *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. London, Penguin Classics, 2009.

Los relatos que hemos escogido para la traducción, menos conocidos pero no por eso menos destacables, se enmarcan en la línea general de las obras de Gilman, que dedicó su creación literaria a la denuncia de la situación de la mujer. Ambos relatos hacen crítica, en el elegante e inteligente estilo propio de su autora, no sin falta de ironía y sarcasmo, a una sociedad patriarcal basada en una dicotomía de género dónde la mujer, débil y sumisa, quedaba transformada en un objeto sexual bajo el placer del hombre. En ellos aparece también el triunfo del conocimiento y la importancia del trabajo y la actividad física, requisitos para la realización del individuo y la liberación de la mujer.

Bee Wise (1913) es quizás uno de sus relatos de ficción más importantes. Al igual que en *Herland* (1915), Gilman idea una sociedad utópica liderada por mujeres, basada en la idea de cooperación y solidaridad como base del desarrollo social e individual. La historia narra la creación de dos comunidades utópicas en California desarrolladas por un grupo de mujeres inteligentes, trabajadoras y con iniciativa, antiguas compañeras de la universidad, donde empezaron sus planes de futuro. Estas comunidades contienen muchas de las características que se describen en *Herland*: servicios sociales de guardería y enfermería, casas sin cocina y comedores comunitarios, ropa sencilla y cómoda...y, sobre todo, la importancia de la maternidad y del trabajo. Como en *Herland*, todos sus habitantes contribuyen a la comunidad de manera equitativa. Trabajar es un requisito fundamental: es la base de su economía autogestionada y no hay nadie que se abstenga de su obligatoriedad. La sociedad está diseñada de tal manera que las madres pueden criar a sus hijos sin tener que renunciar a la vida laboral, y un sistema de «maternidad social» permite el perfecto desarrollo de los niños bajo profesionales de la educación.

El resultado es una sociedad próspera, pacífica, progresista, sostenible y autosuficiente. La historia ejerce como otro tratado en miniatura de la filosofía de Gilman e ilustra perfectamente su visión idealizada de un mundo reformado. Igual que en *Herland*, satirizando el sexismo y la desigualdad, la autora examina los roles sociales con humor, rompe con las asociaciones tradicionales de género y obliga al lector a reevaluar sus propias suposiciones.

En *Old Water* (1911), Gilman entrelaza sueños, destino y *déjà vu* en una historia de misterio e intriga. Pendexter, un famoso poeta, obsesionado en conquistar la hija de su amiga, idea fracaso tras fracaso estrategias para seducir a la joven muchacha, que lo desprecia y se burla de él por su falta de habilidad y coordinación. Enérgica, práctica y deportista, no le interesan en absoluto sus «absurdas historias antiguas sobre gente que nunca hizo nada útil, y que no piensa más que en enamorarse y asesinar a alguien»⁷, y a pesar de los intentos de su madre de persuadirla de su gran talento y sabiduría, la muchacha no ve en el poeta más que arrogancia y pedantería. Una noche, durante la cena, el poeta habla sobre los sueños y el destino, y la joven menciona su pesadilla donde cae en un oscuro lago y una bestia la agarra desde debajo del agua. Tras la cena, el poeta la invita a un paseo bajo la luna, y bajo las súplicas de su madre de intentar ser amistosa, la muchacha se muestra más dulce y amable con el poeta que de costumbre. Éste confunde su cordialidad con complicidad, y confiesa a la joven la pasión amorosa que arde en su interior. Tras su rechazo, el hombre muestra el lado oscuro y agresivo que la madre no fue capaz de reconocer, y mientras la muchacha intenta repeler sus insinuaciones sexuales, pierden el equilibrio y caen por un precipicio a un oscuro lago, como el del sueño. El poeta dice ser su destino, el recuerdo de una vida anterior compartida, y juntos se sumergen bajo la profundidad del «agua vieja». Ella sobrevive; él no. El poeta no sabe nadar, y su supuesta admirable superioridad e inteligencia no le impide ahogarse bajo el lago.

⁷ Gilman, Charlotte Perkins. *Old Water*. Traducción propia.

A diferencia de otros relatos de Gilman como *Mrs. Beazley's Deeds* o *Making a Change*, donde otras mujeres ayudan a la protagonista a independizarse de sus tiránicos maridos, por los cuales han tenido que abandonar dineros o carreras profesionales, en este caso la madre es víctima y cómplice de la concepción superior del hombre, y es la hija la que, más fuerte física y mentalmente, resiste al intento de opresión. Como en la mayoría de sus obras, la mujer sale triunfante, capaz de continuar su autonomía; en el caso de la muchacha con su devoción por el deporte y la actividad física.

Aunque la segunda obra pone su énfasis en la actividad intelectual, su triunfo nos recuerda al de la mujer del famoso *The Yellow Wall-Paper*, que, víctima de la dudosa «cura de reposo», acaba escapando y liberándose de su marido, que es el que se desmalla al final, como el poeta.

Old Water comparte también los elementos góticos y fantásticos de otras obras de la autora, y hace una crítica al paternalismo de la Europa del siglo XIX hacia América, mostrando con ironía como finalmente el «salvaje» sobrevive y el «culto» se ahoga en la profundidad.

Aunque no son muchas las obras de la autora que se han traducido al español, comparado con otras lenguas y en especial de sus relatos de ficción, la influencia de Gilman en el sistema literario español es sin duda notable. Su estudio es año tras año centro de tesis doctorales y el movimiento feminista ha bebido de su legado en la lucha de la mujer.

Entre las obras traducidas de la autora, cabe destacar *El papel de tapiz amarillo* (2001) de la Editorial Lumen o *El papel pintado amarillo* (2012) edición bilingüe de la editorial Contraseña, al castellano, y *El paper de paret groc* por Lasal, Edicions de les Dones al catalán. También destaca la traducción de *Mujeres y economía* (2008) de la Universitat de València. *Herland* (1915) ha sido traducido en España como *Dellas, un mundo femenino* (2000), por la editorial Abraxas y *El país de Ellas* (1987) por Lasal, Edicions de les Dones, y *Terra d'elles* (2002), por la editorial Laertes, en catalán.

Finalmente, el recopilatorio *Si yo fuera un hombre y otros relatos* (El Nadir, 2008), que contiene los cuentos de ficción traducidos *Si yo fuera un hombre*, *Un vuelco*, *La casita de campo*, *El poder de la viuda*, *El corazón de Mr Peebles*, *Haciendo un cambio* y *Una mujer honesta*.

COMENTARIOS DE TRADUCCIÓN

Como se ha comentado en otras partes del trabajo, la traducción que hemos propuesto de *Bee Wise* y *Old Water* se basa en los relatos originales publicados en la edición de Penguin Classics *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*.

Son muchas las revisiones que se han ido trabajando a lo largo de todo el proceso de traducción, y su versión final es fruto del trabajo coordinado de la autora y el tutor, quien ha orientado en todo momento el proceso ayudando a la estudiante a identificar y modificar los fragmentos o palabras que no funcionaban.

En referencia a los problemas hallados a la hora de traducir, a nivel general nos hemos encontrado con la dificultad de adaptar el lenguaje de la época (por ejemplo, manteniendo el tratamiento de usted y tratando de encontrar adjetivos menos modernos y más apropiados para el siglo XIX-XX) y en concreto también del lenguaje del poeta en *Old Water*, tratando de encontrar adjetivos de matiz más literario y reestructurando el orden de las frases a fin que quedaran más acuerdo con su tonalidad.

A nivel de formato, se han adaptado los diálogos y la ortotipografía en general a la normativa española, ligeramente diferenciada del uso inglés. En referencia al uso de la raya, se ha seguido la normativa propuesta por la Real Academia de la Lengua y por Martínez de Sousa, una de las principales referencias en la descripción de su uso. También se han debido corregir adecuadamente el orden preferente de las comillas, la disposición de la sangría y el parrafeado, las notas al pie de página y la citación de la bibliografía.

A nivel micro, se han corregido varios errores léxicos e imprecisiones léxicas durante el proceso de traducción, desarrollado las abreviaciones de «señor» y «señora»

aparecidas en su forma abreviada en el texto original, y mejorado cuestiones de estilo como la evitación de la repetición de los adverbios acabados en –mente, la búsqueda de adjetivos más ricos y la sustitución de las formas derivadas por palabras sinónimas.

También se han modificado algunos calcos estructurales del inglés a fin de ganar naturalidad y fluidez en lengua española y se evitado el uso del posesivo cuando las posibilidades del texto lo permitían.

Cabe destacar también la corrección de leísmos y la búsqueda de equivalencias de las onomatopeyas aparecidas en el texto (en concreto la onomatopeya «ugh!» en inglés, que hemos optado por la traducción de «uf!»).

También cabe destacar la traducción escogida de la referencia de la Biblia de *Bee Wise*, tanto en el título y los nombres de las comunidades como en la citación final. Para este caso, hemos optado por la versión de Reina-Valera de 1960, que hemos considerado una buena opción por su popularidad, sobretodo cuanto a la referencia de la Biblia reformista, y su mayor fidelidad a la citación del texto original.

Finalmente, la traducción del título de *Old Water* ha sido uno de los problemas que ha causado más dificultad, y aunque no se ha acabado de encontrar una alternativa que satisficiera completamente, se ha acabado optando por la traducción de *Agua vieja* por su doble referencia a agua oscura y estancada y al momento ya vivido conjuntamente y supuestamente conocido desde hace tiempo por ambos personajes de la historia.

TRADUCCIONES DE LAS OBRAS

SÉ SABIA

—Es un nombre raro —dijo el periodista.

—No más raro que el otro —dijo la periodista—. Como sabes, hay dos: Sésabio y Suscaminos.

—Me recuerda a algo —dijo— como una cita, ¿te suena?

—Creo que sí —dijo ella—. Pero no voy a decírtelo. Tendrás que descubrirlo tú solo.
—Y rio en voz baja. Pero el periodista no conocía la expresión.

Ambos habían sido enviados por distintos periódicos para escribir acerca de un par de pueblos que estaban creciendo en California y que se habían construido con tal velocidad y, a la vez, con tal discreción, que no había sido hasta ese momento, una vez prósperos y sólidamente establecidos, que el mundo había advertido algo extraño en ellos.

Parece sumamente improbable en la tierra de los más agresivos y denodados periodistas, pero así era.

Uno de los pueblos era un pequeño puerto marítimo, un pequeño rincón resguardado, ya de antemano bastante delimitado por las colinas de la costa. El otro se levantaba más allá de las colinas, en un hermoso valle que gozaba para él solo de dos preciosos riachuelos que bajaban por los pequeños y escarpados cañones hasta el mar, en blanco vivo durante la estación lluviosa, en calma y discreción durante el resto del año.

El periodista redactó la historia con su estilo más descriptivo, ornamentándola allí donde parecía oportuno, callándose los hechos que podían sonar contradictorios, y esmerándose en poner encima de todo un gran interés por el sexo y el atractivo de vagas sospechas.

El hecho destacable de los dos pueblos era que su población consistía en gran parte de mujeres y, sobre todo, de niños, aunque también había hombres, que parecían felices y respondían con benevolencia a las preguntas de los periodistas. Esos habitantes masculinos negaban hallar nada peculiar o ultrafemenino en los asentamientos, y un afable joven inglés les aseguró que la desproporción no era mayor que en Inglaterra. «O en algunos de nuestros pueblos de Nueva Inglaterra —dijo otro ciudadano— dónde todos los hombres han partido hacia el oeste o hacia grandes ciudades, y queda un gran municipio de mujeres mustias con algunos pastores y empleados.»

Las preguntas de la mujer fueron más profundas y acaso menos ofensivas; en cualquier caso, llegó a conocer más que el periodista sobre la verdadera naturaleza del rápido crecimiento de la población. Cuando los dos hubieron entregado sus reportajes, cuando todos los demás periódicos hubieron enviado sus representantes, y más adelante se hubieran escrito artículos de revistas con impresionantes fotografías, cuando se hubieran recibido informes de visitantes aceptados y de turistas; entonces, naturalmente, se empezó a tener un conocimiento más completo que al principio. Pero nadie llegó a tener una visión tan clara de todo aquello como la que le fue dada a la reportera aquel día en qué descubrió que la alcaldesa de Suscaminos era una antigua compañera suya de universidad.

La historia era mucho mejor que el artículo que había enviado, pero además de periodista era mujer, y respetaba la confidencialidad.

Al parecer, todo empezó en aquella clase, el año posterior a que la reportera dejó la universidad, forzada a abandonar la educación y a aprender un oficio para vivir. En la clase de cuarto había un grupo de mujeres de estilos marcadamente diferentes, y sin embargo muy similares en sus ideas y objetivos principales, que habían ido creando durante sus cuatro años de vida universitaria una pequeña hermandad. La llamaron «El Club de la Mañana», lo que sonaba de lo más inocente, y mantuvieron el secreto entre ellas. Todas eran chicas con fuerte

personalidad, cada una con un propósito concreto en cuanto a aquello a lo que deseaban dedicar su vida.

A una de ellas la llamaban «Madre», porque su corazón y su cerebro estaban dominados por el amor a los niños, el pensamiento de los niños, el deseo de cuidar de ellos; y muy cerca de ella estaba la «Maestra», seguida de una tercera, la «Enfermera», creando un grupo dentro de un grupo. Estas tres solían tener discusiones interminables entre ellas, con vagos grandes planes de futuro.

También había la «Ministra», la «Doctora», y a la que tenía más visión de futuro la llamaron la «Estadista». A una muchacha robusta de frente cuadrada le pusieron el mote de «Directora» por razones claramente evidentes, como con la «Artista» y la «Ingeniera». Había unas doce o veinte, todas con una profesión distinta, pero semejantes en su determinación a practicar dichas profesiones, casadas o solteras, y en su vívida esperanza en mejores modos de vida. «Avanzadas» como eran en sus ideales, incluso para la época de progreso en que se encontraban, se unieron sobre todo por las solemnes palabras de la Ministra, la cual siempre les inculcaba el poder de la solidaridad.

Justo antes de graduarse sucedió algo en especial. Le ocurrió a la Directora, quien convocó una reunión especial para presentar el acontecimiento ante el club.

La Directora era una chica sencilla, fuerte y calmada. Era la que siempre rebosaba planes y poseía la extraordinaria capacidad de llevar a cabo sus propuestas; una chica que siempre había anhelado trabajar duro para vivir por sí misma, tanto por elección como por necesidad, y le gustaba la perspectiva.

—¡Chicas! —dijo una vez todas estuvieron reunidas y calladas— Tengo noticias para vosotras. ¡Excelentes noticias! No osaría sorprenderos de esta manera, pero pronto todas estaremos desperdigadas y desorganizadas. ¡Es el momento perfecto! —Miró las caras impacientes de su alrededor, disfrutando de la sensación que había creado entre ellas.

—Decía... ¡mirad! —interrumpió de repente—. Ninguna de vosotras está prometida, ¿no?

Alguien levantó tímidamente la mano.

—¿A qué se dedica? —prosiguió la oradora—. No me importa quién es, y sé que merece la pena o si no, no te hubieras fijado en él; pero ¿a qué se dedica?

—Aún no lo tiene claro —respondió la Ministra dócilmente—, pero creo que quiere poner una fábrica.

—Ninguna objeción hacia tus ideales, supongo. —Era más bien una afirmación que una pregunta.

—Dice que me dedicará todos los domingos, si lo dejo tranquilo en casa entre semana —respondió la Ministra con una risita.

Todas sonrieron con aprobación.

—Aprobado —la Directora estaba rotundamente de acuerdo—. Entonces, chicas, para no teneros más tiempo sobre acusas, lo que me ha sucedido es... que he recibido diez millones de dólares.

Se hizo una pausa. Después aplaudieron con alegría.

—¡Qué bien para ti!

—¡Hurra por Margery!

—¡Te lo mereces!

—Di, ¿vas a invitarnos, no?

Estaban tan contentas como si la enorme súbita fortuna fuera propiedad común.

—¿Un tío fallecido largo tiempo atrás, Marge?

—Tío abuelo; el hermano de mi abuela. Fue a California con los de la fiebre del oro;ⁱ se perdió, por razones que sólo él sabe, sospecho. Encontró algunas prodigiosas minas de oro: filones de buena calidad y pepitas, y pasó años acumulándolo e invirtiéndolo.

—¿Cuándo murió? —preguntó la Enfermera en voz baja.

—No está muerto; pero no creo que le quede mucho —respondió la Directora despacio—. Parece que contrató gente para vigilar a la familia y ver cómo eran. Dijo que no quería arruinar la vida de ningún necio con todo ese dinero. Le gustó mi crónica, dijo —se rio entre dientes— ¡dijo que en su corazón yo era un hombre para él! Y ha venido aquí para que nos conozcamos y transferirlo todo antes de que muera. Dice que es más seguro el regalo de un vivo que la herencia de un muerto.

—¡Y te lo ha *dado* todo a ti!

—Tan cierto y seguro como parece. Dice que tiene suficiente como para terminar sus días en paz. Está bastante viejo... Entonces, chicas —dijo muy animada—, este es mi plan: parte de esta propiedad son tierras, tierras y agua, en California. Un valle elevado, un pequeño puerto en la costa (una base económica, como podéis ver) y capital para desarrollarlo. Propongo que creemos una comuna, que vayamos allí, nos asentemos, construyamos, dirijamos: que construyamos un pueblo ejemplar; que demos un nuevo modelo para el mundo. Un lugar de trabajo para mujeres y para todo el mundo... ¿Qué decís?

Por el momento no dijeron nada. Era una gran propuesta.

La Directora continuó impaciente:

—No os estoy atando a nada; es una simple propuesta de negocios. Lo que propongo es desarrollar ese pequeño puerto, abrir algunas industrias, etcétera, construir un embalse arriba de todo y regular el suministro del agua, usarlo como fuente eléctrica; tener bonitos huertos y viñedos. Oh, chicas, ¡es California! ¡Podemos construir un pequeño Edén! Y por lo que refiere a la maternidad —miró alrededor con tierna y pausada sonrisa—, ¡no hay un lugar mejor para tener niños!

La Madre, la Enfermera y la Maestra estuvieron enseguida de acuerdo.

—Solamente he hecho un boceto aproximado en mi cabeza —continuó impaciente la oradora—. Necesitaremos tiempo y trabajo para que todo funcione bien. Pero tenemos suficiente capital como para cubrir las primeras dificultades y después debería ser tan sencillo y estable como en cualquier otro lugar, una propuesta práctica, factible; un pequeño pueblo perfectamente natural, planeado, construido y gestionado —su voz adquirió solemnidad— por mujeres, para mujeres ¡y *niños*! Un lugar que podría ser una verdadera ayuda para la humanidad. Oh, chicas, ¡es una oportunidad única!

Así es como empezó todo.

* * *

La periodista estaba profundamente interesada.

—Ojalá me hubiera podido quedar ese año —dijo serenamente.

—¡Ojalá hubieras podido, Jean! Pero no te preocupes; puedes quedarte ahora. Necesitamos alguien que haga exactamente este trabajo en nuestro pequeño periódico local. No solamente redactar, ¿puedes hacer más que eso, no?

—¡Creo que sí! —respondió Jean efusivamente—. Estuve seis meses en un pequeño periódico rural. Me ocupaba prácticamente de todo, excepto de los editoriales y la composición. Si hay un puesto para mí ¡lo acepto ahora mismo!

Así, la reportera empezó a trabajar a Suscaminos, y cada noche subía hasta Sésabio, donde vivía, y poco a poco fue descubriendo todo lo que aquellas mujeres habían hecho, y empezó a preparar pequeños panfletos vívidos con detalladas explicaciones que sentaron las bases para muchos otros tantos pueblos renacidos.

Y esto es lo que hicieron:

La base económica consistía en una gran extensión de tierra que se alzaba desde las colinas de la costa hasta el próspero valle. Dos riachuelos brotaban de los manantiales y bajaban desde el otro extremo del valle hasta la playa a través de estrechos cañones.

La primera inversión en efectivo de la Directora, después de empezar el cableado eléctrico desde la playa hasta las montañas, que hizo posible todo el crecimiento, fue construir un embalse en cada extremo, uno de ellos para suministrar agua potable e irrigación durante el largo verano, y el otro, una piscina y una fuente de energía constante. La planta eléctrica en el arrecife estaba complementada por molinos de viento en la cumbre y molinos de agua en la playa, y a través de ellos suministraron luz, calefacción y electricidad: energía eléctrica limpia y económica. Más adelante instalaron una maquinaria solar que proveía energía adicional, para minimizar el trabajo e incrementar la capacidad de producción.

Para financiar las industrias, para conectarlas con el mundo, tenían: en primer lugar una modesta exportación de frutas en conserva, preparadas exquisitamente, empaquetadas en nuevos envases de fibra, más higiénicos que las latas y más ligeros que el cristal. En las montañas criaron cabras de Angora, y con su lana abastecieron un pequeño molino de suave hilo de alta calidad, y exportaron suaves mantas, ropa tejida y toallas... También plantaron algodón, un algodón magnífico, y seda de la mejor, y su propio molino abastecía sus necesidades principales. Pequeños molinos, hermosos y prósperos, con mujeres vestidas con brillantes atavíos cantando en el telar durante las escasas horas de trabajo. De estos materiales, las diseñadoras y artesanas, ayudadas por las artistas, hacían bonitos ropajes, cómodos, sencillos y resistentes, y año tras año la demanda de vestidos y abrigos de Sésabio aumentaba.

En un rincón descubierto, lejos de las casas, instalaron una curtiduría y de las bien tratadas pieles de sus cabras hicieron variados productos de cuero, guantes, zapatos (los zapatos «Sésabio» se hicieron famosos por todo lo ancho y largo de la región, un zapato que se ajustaba

al pie humano, que permitía moverse con libertad y que era agradable a la vista). Muchos de los habitantes llevaban sandalias y también se producían para la venta.

Conservaron cuidadosamente sus altos bosques como tesoros. Crearon un servicio forestal, inspeccionaron toda la zona, y establecieron las mejores tasas de plantaciones y esquejes. Tenían hermosos y ricos jardines, y vendían miel y perfumes destilados.

—Este lugar va a seguir creciendo, no va a deteriorarse —dijo la Directora, pensando en el futuro.

Primero construyeron cabañas sobre suelos secos y cálidos, que tiñeron con ricos colores. Más adelante, la Artista, la Arquitecta y la Ingeniera al mando construyeron casas de piedra y madera y revestimientos de papel grueso; fabricaron el hormigón con hojas muertas de palmera y corteza caída de eucaliptus, que crecía con gran rapidez y que estaba plantado por todas partes, y casi cada noche crecía más, como el tallo de judías; casas bonitas, cómodas, limpias como conchas de mar.

La Directora insistía constantemente a sus socias con lo que llamaba «el objetivo fundamental» de su empresa.

—Tiene que ser rentable por sí solo, autosuficiente —dijo—. Si no es capaz de valerse por sí mismo, no será imitado como ejemplo. Queremos demostrar lo que un grupo de mujeres es capaz de hacer con éxito. Los hombres pueden ayudar, pero esta vez seremos las mujeres las que dirigiremos.

Entre sus primeras iniciativas fundaron una casa de huéspedes, planificada y organizada principalmente por mujeres y niños. Junto a la pensión construyeron un parque con todo tipo de juegos, gimnasia y danza, con grandes campos y pistas para jugar y un porche para la estación lluviosa.

También tenían un sanatorio, donde la Doctora y la Enfermera agruparon ayudantes, y atendían a pacientes con enfermedades temporales, se ocupaban de los partos y atendían a los visitantes que venían con necesidad de cuidado.

También disponían de una guardería, que pronto se convirtió en jardín de infancia y luego en escuela, y con el tiempo la fama de su tarea educativa se fue difundiendo a lo largo y a lo ancho, y cada vez tenían más solicitudes (Sésabio era un club residencial, y nadie podía vivir allí sin previa admisión).

El pueblo costero, Suscaminos, vivía de la industria. En el humilde muelle embarcaba su pequeño barco de vapor, que transportaba pasajeros y suministraba los bienes que no producían. Los habitantes se bañaban y nadaban en las zonas de playa llanas y seguras, y también tenían una piscina cubierta para refugiarse y refrescarse. Había un servicio de transporte de vehículos ligeros que llevaba a los habitantes de la playa hasta lo alto de las montañas, que llamaron «La Escalera de Jacob».ⁱⁱ

El gran plan de la Directora era desarrollar con el capital inicial una planta de trabajo que fuera capaz de valerse por sí sola y dar beneficios; y se sorprendió al comprobar cuán rápidamente aparecieron los beneficios y cuán considerables eran.

Entonces empezó a llegar gente suficiente, amigos, parientes, y curiosos extranjeros. Esas mujeres no tenían ningún reparo en casarse si era con sus condiciones. Y cuando un hombre está suficientemente enamorado, no opone ninguna gran objeción a vivir en un paraíso terrenal y ofrecer su mano para construir una nueva comunidad. Pero los hombres se seleccionaban minuciosamente. Tenían que demostrar que estaban totalmente sanos, ya que uno de los principales objetivos del grupo era la maternidad.

A medida que aumentaba el número de casas fueron llegando cada vez más visitantes, pero como la vivienda (incluso para plantar una tienda) se tenía que solicitar con antemano, no había un exceso de turistas que pudieran popularizar el lugar.

Por lo que refiere a los trabajadores, no había nadie que no lo fuera. Todo el mundo trabajaba en Suscaminos y Sésabio, especialmente las mujeres: esta era la primera condición de admisión, y cada ciudadano tenía que estar sano físicamente y moralmente hasta donde pudiera verificarse, y no había desventaja que valiera si no podían ejercer un servicio social. Así pues, tan pronto como conocían el lugar, mujeres profesionales solicitaban entusiasmadas vivir en la comunidad, e hicieron sitio para algunas de ellas, cuantas pudieron. No podían mantener más que unos cuantos médicos, uno o dos dentistas y un puñado de enfermeras; numerosas maestras y varias artistas, del tipo más funcional, que creaban arte para el uso de sus vecinos, y unos cuantos servidores trascendentales que venían de todas partes del mundo y que podían vivir allí, al menos parte del tiempo, y difundían su trabajo ampliamente, como escritores, poetas o compositores.

Pero la mayoría de las personas eran trabajadores directamente necesarios, los hombres que construían, excavaban y hacían funcionar las maquinarias, las mujeres que hilaban y tejían y trabajaban con las flores (o al revés, si así lo querían), y todos aquéllos que atendían a las necesidades diarias de la comunidad.

No había sirvientes en el sentido tradicional. Las humildes casas no tenían cocina, solamente un pequeño fuego eléctrico donde quien quería podía preparar café y lo que deseara. La comida se preparaba en grandes e higiénicos laboratorios manejados por unos pocos expertos, bien remunerados, que conocían bien su tarea. Se hizo un gran progreso en investigaciones sobre nutrición y en la consolidación de una dieta sana entre los habitantes. Aun así, los costes de la comida eran menores que si hubiera estado preparada por un gran número de cocineros inexpertos y mal pagados trabajando en cocinas en mal estado.

El gran arte de la cultura infantil creció rápidamente entre ellos, desarrollando los mejores métodos educativos conocidos por entonces. Homenajeaban y seguían con acierto las ideas de Froebel y Montessori,ⁱⁱⁱ y con el aumento del conocimiento acumulado por años de

observación y experiencia, el pleno desarrollo de la infancia se convirtió al final no solo en un mero ideal, sino en algo real y cotidiano. Los niños crecían sanos como las rosas con las que jugaban, corrían, saltaban y nadaban y no conocían más que salud, felicidad y la alegría de un aprendizaje inconsciente.

Las dos ciudades crecieron hasta sus límites naturales.

—Debemos detenernos aquí —dijo la Directora al cabo de veinte años—. Si crecemos más, empezaremos a desarrollar las enfermedades de las ciudades. Pero mirad nuestra estabilidad económica: hemos recuperado cada centavo invertido, el lugar es totalmente autosuficiente y crecerá económicamente aún más con el paso de los años. Ahora, como las abejas, volaremos juntas hacia otro lugar y empezaremos una nueva comunidad desde cero, ¿qué os parece?

Y así hicieron, empezando otro paraíso terrenal en otro bonito valle, de manera más estable y segura gracias a la experiencia adquirida.

Pero mucho mayor que su inmediato crecimiento fue la difusión de sus ideas, la demostración de la verdad de sus ideas, de que un grupo de humanos podía vivir conjuntamente de manera tan sabia como para reducir las horas de trabajo, incrementar el valor del producto, asegurar salud, paz y prosperidad, y multiplicar la felicidad humana inconmensurablemente.

Esto era posible en cualquier lugar del mundo; en cualquier sitio donde el ser humano pudiera vivir, podría vivir en mejores condiciones. La base económica podía variar extensamente, pero ahora se sabía que esto era posible donde fuera que hubiera unos pocos centenares de mujeres unidas que combinaran su trabajo para producir riqueza, combinaran su maternidad para asegurar orden, comodidad y felicidad, y en definitiva, mejorar la humanidad.

“Ve a la hormiga, oh perezoso, Mira sus caminos, y sé sabio”.^{iv}

AGUA VIEJA

El lago reposaba en calma bajo la dorada luz del horizonte. En la orilla, donde las sombras se extendían por debajo de los árboles, reinaba una profunda oscuridad. Su reflejo brillante descendía sin fin allí donde el pequeño acantilado se alzaba en la costa este.

A través de la vasta luminosidad resplandeciente se divisaba una canoa que se acercaba con lentitud, dirigida suave y serenamente por unos brazos bien habituados.

—¡Qué fuerte es! ¡Qué maravilla! ¡Ah, es como una valquiria! —dijo el poeta.

Y la señora Osgood miró hacia el oscuro bulto con ojos apreciativos.

—¡Qué deleite oírle hablar así! —dijo con ternura—. Yo siento lo mismo, pero no tengo el don de la palabra para expresarlo. Y Ellen es... tan práctica...

—No podría ser su hija y no poseer un alma de poeta —respondió él, sonriendo solemnemente.

—Eso espero, de veras. ¡Pero nunca he estado muy segura! Cuando era niña le leía poesía, siempre; pero a ella no le interesaba. Solamente le interesaba lo que ella llamaba «cuentos en verso». Y tan pronto como pudo escoger por sí misma, se decantó por la ciencia.

—La poesía está allí —dijo con los ojos fijos en sus suaves brazos morenos, entonces más cerca—. ¡Esa elegancia! ¡Esa manera de moverse! Es la verdadera ánima de la poesía. ¡Y el cuerpo! ¡Su cuerpo es un poema!

La señora Osgood observó el preciso atraque, la fuerte bogada que siguiendo el oleaje llevó la canoa hasta el pequeño varadero.

—¡Ellen es tan práctica! —murmuró—. No reconocería ni siquiera su propia belleza.

—Aún está dormida —exhaló el poeta—. ¡Dormida! —Y sus grandes ojos brillaron con un destello de esperanza.

—Es muy valiente por su parte, también —continuó la madre—. En realidad no le gusta mucho el agua, y sencillamente se obliga a entrar en ella. Creo que en el fondo de su corazón tiene miedo; pero no lo admitiría nunca. ¡Oh, Ellen! Ven aquí querida. Este es el señor Pendexter, el Poeta.

Ellen le alargó su fría mano morena, un poco mojada aún, pues acababa de lavárselas en la orilla; pero él la estrechó cálidamente, y le expresó su admiración por su destreza con la canoa.

—Oh, no es nada —dijo la chica—. No tiene ningún truco.

—¿Me enseñaría? —preguntó—. Seré el más dócil aprendiz.

Estudió de arriba a abajo su robusta constitución con ojo algo inquisitivo. Era sin duda suficientemente corpulento, y esas grandes extremidades revelaban fuerza; aunque le faltaba algo de equilibrio y cierta celeridad que se adquiere con el entrenamiento.

—¿Sabe usted remar? —preguntó.

—Perdone mi ignorancia, pero nunca he montado en una de esas gráciles y esbeltas embarcaciones. Sería todo un placer intentarlo.

—El señor Pendexter ha vivido más en Europa que en América —se apresuró a decir su madre—, y no deberías dar por supuesto, querida, que a todos los hombres les interesen estas cosas. Estoy segura de que, si usted lo desea, mi hija estará encantada de enseñarle, señor Pendexter.

—Por supuesto —dijo Ellen—. Le enseñaré en dos sesiones. ¿Quiere empezar mañana por la mañana? Suelo salir muy temprano.

—Sería un placer —dijo—. Recibiremos juntos a la aurora.

—El amanecer, querida —insinuó su madre con una sonrisa de disculpa.

—Oh, ya —dijo la muchacha—. Sé lo que es la aurora, mamá. ¿Está lista la cena?

—Estará lista en cuanto te hayas vestido —dijo la madre—. Ponte el vestido azul, querida. El azul celeste.

—De acuerdo —dijo Ellen, y ligeramente, corrió hacia arriba.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —murmuró, y sus ojos siguieron su voladora figura—. ¡Oh, señora! ¡Cómo debe ser tener una hija como la suya! ¡Ver su propia juventud, en un instante, repetida ante sus ojos! —E inclinó una mirada de admiración hacia la figura de su anfitriona.

La señora Osgood se presentó a la cena con un vestido algo clásico, con su fino cabello recogido con una llamativa cinta de oro, y miró con satisfacción a su hija, que brillaba como una joven Juno^v en su vestido azul. Ellen tenía la belleza de su madre y la fuerza de su padre. Era de constitución firme, y sus músculos ocultaban su fuerza bajo unas líneas elegantes y fluidas. Se movía como una reina, pero traslucía el aire alegre e inocente de una sana colegiala, que es lo que era.

Tenía tanto apetito que su madre casi temió que ofendiera al poeta, pero pronto observó que él también mostraba un gran aprecio por sus creaciones culinarias. Ellen también lo observaba, fijándose con franco desagrado en que comía cremas y dulces sin reservas, y que parecía disfrutar excesivamente del café y de los licores.

—Ellen no toma nunca café —explicó la señora Osgood, mientras se acomodaban en el lujoso salón—. Creo que tiene sus propias ideas sobre el entrenamiento.

—¡Mamá! ¡Estoy entrenando! —protestó la muchacha—. No oficialmente; no hay ninguna carrera; pero me gusta mantenerme en forma. Soy remera de popa^{vi} en la universidad, señor Pindexter.

—Pendexter, querida —susurró la madre.

El corpulento hombre tomó su segunda *demistasse*,^{vii} y se sentó junto a la chica.

—No puede imaginarse cuánto lo admiro —dijo inclinándose hacia adelante—. Es usted como Nausícaa,^{viii} como Atalanta.^{ix} ¡Como la mujer de mis sueños!

A la muchacha no le molestó su abierta admiración; incluso a las chicas atléticas les gusta recibir elogios. Pero se lo tomó de manera extraña.

—No creo en los sueños —dijo.

—No —afirmó—. No, uno no debe creer en los sueños. Aun así, ¿ha tenido alguna vez un sueño que la persiga, un sueño que se repita?

—He tenido pesadillas —admitió la muchacha—. Horribles. Pero nunca el mismo sueño dos veces.

—¿En qué sueña cuando tiene esas pesadillas?

—En bestias —respondió enseguida—. ¡Grandes monstruos que saltan encima de mí! Y yo corro y corro. ¡Uf!

La señora Osgood dio un sorbo al café y los miró. No había joven poeta más prometedor. Él representaba todo lo que ella había deseado en su juventud; todo aquello que el gran y próspero propietario de molinos con el que se había casado no había sabido darle. ¡Si su hija pudiera tener lo que a ella le había faltado!

—Dicen que esos sueños vienen de nuestro pasado remoto —insinuó ella—. ¿Cree usted en eso, señor Pendexter?

—Sí. De nuestra infancia racial. De esos largos años enterrados de miedo y dolor.

—Y cuando tenemos esa extraña sensación de *ya haber estado allí antes*, ¿no es eso lo mismo?

—No lo sabemos —dijo el poeta—. Algunos dicen que se trata de un instante de retraso en la acción de una de las mitades del cerebro. No sabría decirlo. Para mí es más misterioso, más interesante, pensar que, cuando uno tiene esa sensación repentina y maravillosa de ya conocer algo previamente, lo que tenemos es un recuerdo vago de una vida anterior. —Y miró

a Ellen como si hubiera aparecido en gran medida en su existencia previa—. ¿Ha tenido alguna vez esa sensación, señorita Osgood?

La muchacha rio algo avergonzada.

—Solamente con una cosa —dijo—. Es por eso que tengo miedo del agua.

—¡Miedo del agua! ¡Usted! ¡Una diosa del agua!

—Oh, intento superarlo, por supuesto. Pero es lo único que me hace sentir nerviosa.

¡Desde niña he tenido esa horrible sensación!

Se estremeció un poco y le preguntó si le apetecía un poco de música.

—Oh, ¿también toca?

Ellen rio alegremente.

—Solo con la pianola, o el otro aparato. ¿Empiezo?

—Un momento —dijo él—. Enseguida. Pero antes, hábleme de esa cosa tan terrible que aparece en su sueño. Estoy muy interesado.

—¿Por qué? No es nada del otro mundo —dijo la chica—. En realidad no lo sueño; se me aparece cuando estoy despierta. Me ha pasado solamente dos o tres veces: una cuando tenía unos diez u once años, y dos veces más desde entonces. Es agua; agua oscura, calmada, tranquila, debajo de mí. Y no puedo salir de ella. Lo intento, pero entonces algo me agarra. ¡Uf!

Se levantó decididamente y fue hacia el atril.

—Si este sueño es un vestigio de mi pasado, ¿entonces debo haber sido atacada por un simio enfurecido! Sea como sea, no me gusta el agua. Excepto el océano salvaje. ¿Qué música le apetece?

El poeta tenía previsto salir al día siguiente al alba, pero no logró levantarse; y cuando miró hacia afuera, vio la canoa acercándose ligeramente hacia la casa para el desayuno.

Ellen se rio de él por su haraganería, pero le prometió una lección más tarde, y le agradó descubrir que sabía jugar al tenis. La franela blanca le sentaba bien, pero su aspecto resultó ser más admirable que su juego, y la muchacha lo batió hasta que el poeta casi se puso furioso.

La señora Osgood los observaba con gusto en los momentos en que era agradable observarlos, y en el resto de ocasiones se alejaba con excusas varias y los dejaba solos.

El poeta preguntó en privado a la muchacha si creía que quizás pesaba demasiado para la canoa, pero ella lo tranquilizó.

—Oh, no, en absoluto, señor Pendexter. Es una canoa especialmente ancha, y tiene cámaras de aire; no puede hundirse —Su padre la había hecho expresamente para ella—. Él también es un hombre robusto, y adora ir en canoa.

Así pues, encomendó al fiel poeta avanzar despacio hasta el medio de la canoa, y ejercer de remero de proa.

Le afligía tanto no poder ver a su hermosa instructora, que le propuso cambiar posiciones.

—¡Por supuesto que no! —dijo ella—. ¿Confiarle el otro remo? ¡No todavía!

¿No podría siquiera ir de cara a ella?, le sugirió. A lo que ella rio fuertemente, y le dijo que mejor aprendiera a remar de cara antes de intentar hacerlo de espaldas.

—Si lo que quiere es mirarme, tendrá que conseguir otra canoa e intentar seguirme —añadió sonriendo, a lo cual el poeta manifestó que obedecería rotundamente sus órdenes.

Se sentó en el asiento de mimbre de delante y se recogió las mangas como ella. La muchacha le cedió el remo, le mostró cómo cogerlo y sonrió en silencio al ver como sus fuertes brazadas los hacían balancearse de izquierda a derecha, a pesar de la vigorosa conducción de la muchacha.

—¡No tan fuerte! —dijo ella—. Tiene más fuerza que yo, y rema con tanto ímpetu que me hace balancear por todos lados.

Con un poco de paciencia logró dominar suficientemente el arte como para ejercer de remero de proa de manera aceptable, pero la muchacha no se fiaba de él tanto como para confiarle la popa. Ni siquiera todas las bellezas del apacible lago consolaban al poeta de no poder observarla. De todos modos, ella sí podía verlo, pensó. ¡Tal vez por eso quería que él fuera delante! Y se sentó más erguido con ese pensamiento.

La corpulenta figura del poeta la divertía, pero no toleraba su falta de destreza, y sus brazos y manos, llenos de pelo oscuro, le producían verdadero desagrado.

El poeta se cansó de ir en canoa. Uno no puede hablar con los ojos estando de espaldas, ni tampoco puede dirigir tiernas palabras; al menos no con el mismo efecto. Al tenis lo había ganado tantas veces que también se había cansado de jugar; el golf no le interesaba a la muchacha en absoluto; de caballos, el poeta no sabía nada; y cuando ella conducía, sus manos y ojos y toda su atención estaban puestas en la máquina. Así que le propuso ir a caminar.

—Debe de dar espléndidas excursiones en estos bosques —dijo—. Es usted superior a mí en muchos sentidos, ¡pero puedo caminar!

—Está bien —aceptó ella alegremente, y se adentró en el bosque con él, enérgica e incansable.

Su madre observaba sin aliento. Admiraba sin reservas a ese hombre de ojos de buey, con voz de terciopelo, tan roja la boca bajo su suave bigote. Adoraba sin límites su noble y melódica poesía. Ellen pensaba que no era «nada del otro mundo».

—¿Pero se puede saber qué diablos pretende con todas esas leyendas? —dijo ella, mientras su madre trataba de hacerle apreciar las obras del poeta—. ¿No hay suficientes cosas hoy en día sobre las que escribir como para tener que hablar de personas que, además, nunca existieron, que no son más que personajes basados en historias de otros?

—Son parte del mundo material de la poesía, querida; folclore, mitos. Forman parte de nuestras imágenes universales.

—Bueno, pues a mí no me gusta la poesía sobre imágenes universales, eso es todo. Es como las momias, ¡recalentadas y disfrazadas!

—¡No sabes cómo lo siento! —dijo la madre, algo irritada—. Se nos honra con la visita de uno de nuestros mejores poetas, quizás el mejor; y mi propia hija es tan necia que no sabe apreciar la belleza de su trabajo. ¡Eres como tu padre!

—Bueno, no puedo hacer nada al respecto —dijo Ellen—. ¡No me gustan esas absurdas historias antiguas sobre gente que nunca hizo nada útil, y que no piensa más que en enamorarse y asesinar a alguien! ¡No tienen sentido alguno, ni valentía, ni decencia!

Su madre trató de hacerle admitir algún mérito en otras obras del poeta.

—¡Es inútil, mamá! Puedes quedarte con tu poeta, y sacar de él todo el placer estético que desees. Y yo seré cordial con él, por supuesto. Pero no me gusta lo que escribe.

—¿Ni siquiera sus «Líricas del día», querida? ¿Y «Los bosques»?

—No, mamá, ni siquiera eso. No creo que haya visto nunca un amanecer, ¡a no ser que se haya levantado a propósito y se haya plantado allí antes como una cámara! ¡Y los bosques! ¡Pero si ni siquiera sabe distinguir un árbol de otro!

Su madre estaba al borde de la desesperación; pero el poeta no se daba por vencido.

—¡Ah, señora Osgood! Como me honra con su confianza no puedo más que estarle agradecido y poner a prueba mi destino. Es tan bonita, esta alma perdida, ¡aún por abrir! Tan cerrada: ¡casi tan impenetrable! Pero cuando se abran sus pétalos rosados...

No confió, sin embargo, su secreto a la señora Osgood, más allá de aquella gentil y poética aportación de propósito aparentemente floral. No le dijo nada de la tormenta de pasión que crecía en su interior; una pasión de tal intensidad que hubiera alarmado excesivamente a esa alma gentil y la hubiera hecho dudar, quizás, de lo acertado de su elección.

La madre se mantuvo en un estado de impaciente pero restringida emoción, y trató de no hablarle demasiado al respecto, no fuera caso que la agobiara, aunque confiaba en que la chica encontraría finalmente la felicidad en esa gran alma.

Esa gran alma, mientras tanto, seguía persiguiendo su objetivo, usando toda arte que conocía (y no era poca su experiencia) para conquistar el corazón de la ninfa morena y rubicunda de su lado.

Ella era ignorante y joven. Demasiado entregada a su indiferencia como para poder apreciar su esfuerzo; mucho menos aún como para solidarizarse con él. Al contrario, parecía encontrarle cierto gusto a burlarse de él, haciendo daño sin saberlo, como un niño travieso y juguetón. Lo provocaba mofándose de su manera de jugar al tenis, de remar, de conducir; admitió que quizás jugaba bien al golf, pero a ella no le interesaba el golf en absoluto, era un deporte demasiado lento; incluso se reía de él por sus excursiones a pie.

—¡No quiere andar! —le dijo furiosamente a su madre una noche durante la cena—. Solo quiere ir a cualquier parte y acomodarse debajo de un árbol y leerme sobre Eloísa,^x o Araminta,^{xi} o lo que quiera que sea; ¡todas bien apuestas, de piel blanca y cabello rizado de color de oro; y todas suicidándose por amor!

Se rio de él con franqueza; y él rio con ella, pero su corazón oscuro latía hirviendo en su interior. Cuanto más fracasaba en intentar poseerla, más furioso se volvía su deseo. Ya la había querido más de lo que era normal en él. Nadie antes había esquivado y rechazado tanto sus irresistibles insinuaciones.

—¿Vendría conmigo a pasear esta noche después de la cena? —propuso—. Hay una luna de lo más celestial, y me muero por leerle. Debe de ser especialmente encantadora, la luz de la luna, en su lago, ¿no cree usted, señora Osgood?

—Oh, sí —dijo ella con voz suave, mirando con desaprobación a la muchacha, que aún se reía pensando en la Araminta de cabello dorado—. Llévalo caminando por los acantilados, Ellen, ¡e intenta apreciar más la belleza!

—Sí, madre —dijo Ellen—. Seré buena.

Fue tan buena durante el paseo bajo la luna, tan gentil y solidaria, e intentó tan honestamente encontrar algún punto de acuerdo, que los sentimientos del poeta fueron demasiado poco juiciosos, y alcanzó su mano y la besó. Ella lo empujó, demasiado atónita como para decir una sola palabra.

—Pero, ¡señor Pendexter! ¡En qué está pensando!

Entonces él le abrió su corazón. Le dijo cómo la amaba: locamente, apasionadamente, irresistiblemente. Le suplicó que lo escuchara.

—¡Oh, tú, joven Diana!^{xii} ¡No sabéis cómo sufro! ¡Sois tan fría, tan joven! ¡Tan divinamente bella! ¡No seáis cruel! ¡Escuchadme! ¡Decidme que seréis mi mujer! ¡Dadme un beso! ¡Sólo uno!

Ella era joven, y fría, e ignorantemente cruel. Se rio de él, se rio sin compasión, y le dio la espalda.

Él la siguió. Sentía como la sangre bombeaba en sus venas, su voz temblaba con la intensidad de sus emociones. Le cogió la mano y se arrojó de nuevo encima de ella. Ella se apartó con un pequeño grito y corrió. Él la siguió, ardorosamente, locamente; corrió deprisa detrás de ella, la alcanzó, la agarró con firmeza.

—¡Tendréis que amarme! ¡Me amaréis! —gritó. Sus manos quemaban y temblaban, la atrajo hacia sí y giró la cara de la muchacha hacia la suya.

—¡No te amaré! —gritó ella, luchando con todas sus fuerzas—. ¡Déjame ir! Te odio, te lo digo. ¡Te odio! ¡Me... me das asco! —Lo empujó tan lejos de ella como pudo.

Habían alcanzado la cima de los pequeños acantilados, en sentido contrario a la casa. Estaban rodeados de grandes pinos oscuros, sus grandes ramas se balanceaban suavemente.

El agua yacía tranquila abajo, en la sombra, calmada y negra como el petróleo.

La chica miró hacia el agua y un repentino temblor la agitó. Lanzó un pequeño gemido y escondió la cara entre las manos.

—¡Ah! —gritó él— ¡Es nuestro destino! ¡Nuestro destino! ¡Ya hemos vivido esto antes! ¡Moriremos juntos si no podemos vivir juntos!

La llevó hacia él, la besó locamente, apasionadamente, y juntos cayeron hacia el agua vieja.

* * *

—Es una suerte que yo supiera nadar —dijo Ellen mientras se apresuraba hacia casa—
¡Pobre hombre! Y él no. ¡Oh, pobre hombre! ¡Debía de estar completamente loco!

Conclusiones

El presente trabajo es fruto de meses de trabajo y dedicación y de una coordinación entre autora y tutor, que pese a la distancia física, ha sido fluida, frecuente y extensa.

La traducción de los textos me ha supuesto más esfuerzo del esperado, y han sido muchos los errores que se han ido corrigiendo y mejorando. El lenguaje de la época ha sido una dificultad añadida, y mi traducción del elegante estilo de Gilman, aunque de gran calidad – hecho que siempre ayuda –, me ha parecido a veces una aberración a su lado. A momentos me ha faltado distanciamiento y vista a ojos de lector ante la obsesiva lectura frase por frase de la traductora, y en muchos casos no he acabado de saber encontrar una alternativa que realmente funcionara. Pero creo que las mejoras durante todo el proceso han sido muy progresivas y satisfactorias y me guardo para futuros trabajos los aprendizajes de los errores pasados.

La traducción y redacción al español ha sido también un reto para mí, puesto que mi lengua usual y de más dominio ha sido siempre el catalán. Considero el hecho como un ejercicio de mejora de la lengua española muy útil e interesante.

Por encima de todo, sin duda, traducir a Gilman ha sido un inmenso placer, y leer y releer sus líneas centenares de veces no me ha cansado en absoluto, mas me ha hecho incrementar el interés y la fascinación. Su traducción y la documentación acerca de su vida y su obra me han hecho acercarme más a la ella y descubrir más acerca de esta gran autora.

Personalmente, aunque como pasa a menudo las obligaciones de la vida diaria y los contratiempos han jugado a momentos a la contra, el hecho de vivir en el extranjero me ha supuesto a veces una dificultad adicional, y me hubiera gustado en general disponer de más tiempo para trabajarlo y mejorarlo, considero la valoración general del resultado bastante

satisfactoria y, especialmente, la elaboración durante todo el proceso muy enriquecedora. El proceso de traducción ha sido muy estimulante e interesante, y me ha motivado a continuar en mi camino – aún por empezar – en el mundo de la traducción. La práctica y los conocimientos adquiridos han sido muy valiosos para mí, y la orientación y revisión del tutor, que me ha ayudado en todo momento de manera muy eficiente, inmediata y productiva, sugiriéndome la búsqueda propia de alternativas y obligándome a la reflexión y a la creatividad, y resolviendo problemas solamente cuando no fui capaz de encontrar una solución adecuada, ha sido sin duda para mí una gran fuente de soporte y aprendizaje. Desde aquí me gustaría dedicar como últimas palabras mi agradecimiento por su orientación y resolución de dudas, su dedicación y su paciencia en la tutorización del trabajo.

Bibliografía

Knight, Denise D. *Charlotte Perkins Gilman: A study of short fiction*. New York, Twayne Publishers, 1954.

Perkins Gilman, Charlotte. *The Yellow Wall-Paper, Herland, and Selected Writings*. London, Penguin Classics, 2009.

Perkins Gilman, Charlotte. *Si yo fuera un hombre y otros relatos*. València, Editorial El Nadir, 2008.

Perkins Gilman, Charlotte *The living of Charlotte Perkins Gilman: An Autobiography*. Madison, University of Wisconsin Press, 1990.

Notas explicativas

Sé Sabia

ⁱ *Forty-niners*: La gente que participó en la Fiebre del Oro en California en 1849.

ⁱⁱ En la Biblia, la escalera de la tierra al cielo que Jacob vio en un sueño (Génesis 28:12).

ⁱⁱⁱ Friedrich Froebel (1782-1852) fue un pedagogo alemán creador del sistema de jardín de infancias y la educación preescolar. María Montessori (1870-1952) fue una pedagoga y médica italiana que ideó un progresista método educativo basado en motivar el aprendizaje del infante a través de la experimentación y el descubrimiento, en donde el educador es más un supervisor que un maestro formal.

^{iv} Proverbios 6:6 de la Biblia (Reina-Valera 1960).

Agua vieja

^v En mitología romana, Juno es la mujer y hermana de Júpiter, reina de los dioses, y diosa del matrimonio.

^{vi} Del inglés *stroke*, en remo se refiere a la persona que va a la parte trasera y marca el ritmo a los demás.

^{vii} Un *demistasse* es una pequeña taza de café que se sirve después de cenar.

^{viii} En la *Odisea* de Homero, Nausícaa es la hija del rey Alcínoo, quien descubre, y asegura un camino seguro al náufrago Odiseo.

^{ix} En la mitología griega, Atalanta es una hermosa doncella veloz que ofreció casarse con cualquier hombre que fuera capaz de ganarla en una carrera.

^x Eloísa es la heroína y la autora ficticia de la epístola *Eloisa to Abelard* de Alexander Pope, en la que la joven, encerrada en su convento, abre su corazón a su pasión por su amor perdido. La joven rechaza, sin embargo, casarse con Abelardo. Alexander Pope basa su historia en Eloísa, la heroína real del famoso romance medieval de Eloísa y Pedro Abelardo.

^{xi} Araminta es un personaje en una obra de William Congreve (1670-1729) titulada *The Old Bachelor*. El protagonista de la obra, Sir Joseph Wittol, es un necio caballero rural que se enamora de Araminta a primera vista y durante un tiempo llega a creerse que se casará con él.

^{xii} La Diana en la mitología latina es la que se identifica en Roma con Ártemis. Suele ser considerada como hermana gemela de Apolo. Permaneció virgen, eternamente joven, y es el prototipo de la doncella arisca, que se complacía sólo en la caza.